

La Silla de Pedro y Roma

Aunque Jesús proclamó específicamente a Simón piedra básica de la Iglesia, (Mat. XVI, 18), en ningún documento escrito correspondiente al tiempo del primer apostolado, ni en los HECHOS, ni en las epístolas paulinas, ni en la propia de San Pedro, encontramos una clara referencia de que Simón Pedro así lo hubiese entendido, como tampoco la confirmación de su primacía por los restantes apóstoles. Todos a una, después de haber elegido a Matías, para suplir la deserción de Judas, se lanzan a los cuatro puntos cardinales, para cumplir su tarea de evangelización. Santiago, primo hermano de Jesús, se queda en Jerusalén, y quizás por esta circunstancia de parentesco y lugar, en los primeros tiempos apostólicos, la primacía de la iglesia de Palestina, sobre las demás iglesias locales, congregaciones, que iban naciendo, es indiscutible. Antioquía, Atenas, Corinto, Efeso . . . , iglesias que se van consolidando, gracias al empuje arrollador del celo apostólico de Pablo, tienen sus miradas puestas en Jerusalén ciudad en la que se celebró la primera asamblea cristiana general, con visos ya de concilio.

La elección de Roma por San Pedro como meta de su evangelización, fué un puro accidente histórico, derivado de la expansión del Evangelio hacia occidente. San Pedro y San Pablo, los fundadores de la iglesia romana, no pretenden instaurar en la ciudad capital del imperio del mundo, la Sede de la Cristiandad, la Sede por antonomasia, sino simplemente una nueva congregación cristiana, una nueva iglesia local, en el punto más dominante de occidente, para una mayor y más amplia difusión de su doctrina, y en un momento en que la naciente IGLESIA empezaba a tener conciencia de su misión universal.

En el último cuarto del siglo I, la iglesia establecida en Roma gozaba de especial dignidad, por la importancia que le confería su privilegiado escenario y por ser considerada la apostólica por excelencia, debido al celo desplegado por sus fundadores. Jerusalén agobiada bajo su sino de destrucción, a la par que por su cisma entre judíos y cristianos, que acabó con el ambiguo judaísmo, fué perdiendo su importancia. Antioquía, que había sido durante un tiempo equiparable en importancia a Jerusalén, con la rápida expansión del Evangelio en Occidente, quedó en una desfavorable situación geográfica para que la semi-oriental urbe del extinguido imperio selúdica pudiese aspirar a una

hegemonía.

La especial dignidad que mereció la iglesia romana a finales del siglo I, se acrecienta en el curso del siglo II. Durante esta centuria, vemos que toda clase de disputas, doctrinales y de los más diversos órdenes, empiezan a ser derimidas por el obispo de Roma, como lo prueban los testimonios de Clemente de Roma, Ignacio de Antioquía, Hegésigo y Tertuliano, entre otros. Así, de una forma creciente, la Iglesia de Cristo fué volviendo la vista hacia Roma, al buscar guía e instrucción, sin que, en realidad un Papado hubiese sido aún establecido. La Iglesia existe como comunidad de doctrina y es el conjunto de todas las iglesias instituidas.

Al frente de las cuales, según normas paulinas, están los respectivos obispos. Ostentaban indistintamente el nombre de Papa, cuyo derivado Pope, subsiste, aún hoy en la Iglesia Oriental para designar a los presbíteros.

La jerarquía y el poder de los obispos antiguos eran los mismos para todos ellos. Pero el ejemplo de la centralización imperial, indujo a una cohesión jerárquica cada vez más desarrollada. Y a finales del siglo III, se empieza a señalar distintivamente al Obispo de Roma con el nombre de Papa, pero aun sin exclusividad. En el siglo IV, se culmina la estructuración de la pujante Iglesia con el reconocimiento del primado de Roma, —la Silla de San Pedro—, por el concilio ecuménico de Constantinopla del año 381. Roma, sin discusión, se convierte en el Centro de la Cristiandad.

En el año 476, después del saqueo de Roma por Alarico, encuentra su fin la serie de emperadores comenzada por Augusto. Serie, que sigue, no obstante, en la capital del Imperio Oriental.

La destrucción del Imperio de Occidente relega a segundo término la posición de la iglesia de Roma y de sus pontífices, durante el siglo VI. Pero la elección de un Papa de pura estirpe romana, en el año 590, Gregorio el Magno, es providencial para su causa y cimenta plenamente el desarrollo que la Iglesia alcanzaría durante la Edad Media. Poseedor de una gran cultura y de una clarividencia política excepcional, Gregorio el Magno cortó de raíz las pretensiones de los Patriarcas de Constantinopla, en su deseo de igualarse en jurisdicción con los Obispos de Roma. Pronto todas las miradas de Italia y de los pueblos germanos de occidente vuelven de nuevo a dirigirse hacia la Ciudad Eterna. Gregorio el Magno restableció la unidad espiritual de Occidente y per-

petuó la cohesión imperial sobre la fragmentación del mundo bárbaro. También de este Papa proceden los orígenes de los Estados Pontificios y de la soberanía política del Pontificado.

En el año 742, en el Concilio general de los francos orientales, se afirmó la obediencia de los obispos a Roma. Y en 756, bajo el Papa Esteban II, y gracias a la ayuda de Pepino el Breve, rey de los francos, queda definitivamente constituido el PATRIMONIUM PETRI.

Desde el siglo VIII al XI, las dos ramas más significadas de la Cristiandad despliegan conjuntamente brillantes ofensivas misionales, que redundaron en mayores éxitos para la rama occidental. Celosos nuevamente los patriarcas de Constantinopla del prestigio de Roma, sin una clara visión de las responsabilidades conjuntas, únicas, de la Iglesia de Cristo, iniciaron por minucias teológicas las grandes discusiones que derivaron al cisma, (1.054), a la ruptura entre los dos ríos más frondosos de la Cristiandad. Para Roma, la Ortodoxia. Poco tiempo después, Gregorio VII decretó que el nombre de Papa se otorgaría exclusivamente a los sucesores de San Pedro.

Roma, sin Oriente, estuvo también en peligro, una vez más, de perder su título de Sede de la Iglesia, en el interregno de Avignon (1305-1377). Desde Clemente V hasta la entrada de Gregorio XI en la perturbada Roma. Circunstancia que no zanjó definitivamente la cuestión, puesto que siguieron controversias y discrepancias, hasta que el Concilio de Constanza, (1417), acabó con el gran cisma de occidente. Con el nombramiento de Martín I se restableció la unidad jerárquica de la iglesia y su comunidad espiritual.

Aunque, a partir del gran cisma, los poderes del Papado decayeran progresivamente, en sucesivas alternancias, ya nadie le disputó a Roma su condición de Centro de la Cristiandad. Ni tan siquiera en el período comprendido entre 1870 y 1929, cuando el Papado fué para todos los intentos y propósitos un prisionero del Estado Italiano.

Muy bien pudiera ser que Garibaldi, al poner fin a los Estados Pontificios, representara una de las muchas bendiciones disimuladas que se encierran en la historia de la Iglesia, porque de la Roma pontificia, cautiva en el Vaticano, surgió la depurada luz del catolicismo moderno.

Hoy, nuevamente, gracias al a labor de los últimos Pontífices, angustiado el mundo por sus grandes problemas como única esperanza, en la gran crisis que amenaza nuestro siglo XX, dirigen sus miradas hacia Roma, hacia el prestigio moral reconquistado y superado de los Sucesores de Pedro.

L. D'Andraitx